

LIGA DE EDUCACIÓN POLÍTICA ESPAÑOLA

VIEJA Y NUEVA POLÍTICA

CONFERENCIA

DADA POR

DON JOSÉ ORTEGA GASSET

EN EL

TEATRO DE LA COMEDIA

EL 23 DE MARZO DE 1914

PROSPECTO DE LA LIGA DE EDUCACIÓN POLÍTICA ESPAÑOLA

RENACIMIENTO
MADRID

Juan de la Cruz

Liga de Educación Política Española

VIEJA Y NUEVA POLÍTICA

CONFERENCIA

dada por

DON JOSÉ ORTEGA GASSET

en el

TEATRO DE LA COMEDIA

EL 23 DE MARZO DE 1914

Prospecto de la Liga de Educación Política Española

RENACIMIENTO
MADRID

Imprenta Renacimiento, San Marcos, 42, Madrid.

Conferencia del Sr. Ortega y Gasset

SEÑORAS Y SEÑORES:

Antes de comenzar á decir lo que he de decirles tengo que empezar dándoos gracias por la benévola curiosidad con que habéis acudido á esta cita de difusa esperanza española, y pedirlos que, dilatando un poco más vuestra benevolencia, suspendáis un momento los juicios previos que hayáis formado sobre lo que este acto, como todo acto, tiene de personal. Porque antes de que las palabras vuelquen su sentido sobre los que escuchan, llegan á la audición como sonidos timbrados por una voz de un individuo, y pudiera ocurrir que el haber juzgado previamente inmodesto y excesivo que ese individuo levante su voz, dañe á la comprensión seria de los pensamientos que van á conducir las palabras sobre sus alas sonoras.

Harto conozco no ser uso en nuestro país que á quien no ha entrado en un cierto gremio formado por gentes que ejercen un equívoco oficio bajo el nombre de políticos, se le repunte como

un normal derecho venir á hablar en público de los grandes temas nacionales. Al político, sí; á ese le es permitido hablar de medicina en la apertura de una Academia, de agricultura en una Sociedad campesina, de poesía en un Ateneo; estoy por decir que de teología en todas partes; pero á quien no es político, ¡hablar de política! Esto es hacer usos nuevos, y nada arguye tan grande inmodestia como el intento de nuevos usos. Por eso yo os ruego que con generosidad desarticuléis de vuestro estado de espíritu actual estas opiniones, tal vez justas, contra mi persona, y siento no encontrar en este instante fórmula ni modo para decir en una sola frase hondamente cordial, en que ambas cosas quedaran por igual acentuadas, que os pido perdón por lo que acaso es mi osadía, pero que no tengo derecho en el resto de mi conferencia á renunciar, por pareceros humilde, á la energía y hasta á la acritud propia á algunas ideas que voy á exponer. Escuchadme, pues, como una voz anónima y sin timbre individual que viniera á sonar entre vosotros.

Porque, en verdad, no se trata de mí ni de unas ideas mías. Yo vengo á hablaros en nombre de la Liga de Educación Política Española, una Asociación hace poco nacida, compuesta de hombres que, como yo y buena parte de los que me escucháis, se hallan en el medio del camino de su vida. No se trata, por consiguiente, de ideas originales que puedan haber sobrevenido al que está hablando en una buena tarde; se trata de todo lo contrario: de ideas, de sentimientos, de energías, de resoluciones comunes, por fuerza, á todos los que hemos vivido

sometidos á un mismo régimen de amarguras históricas, de toda una ideología y toda una sensibilidad yacente, de seguro, en el alma colectiva de una generación que se caracteriza por no haber manifestado apresuramientos personales; que, falta tal vez de brillantez, ha sabido vivir con severidad y con tristeza; que no habiendo tenido maestros, por culpa ajena, ha tenido que rehacerse las bases mismas de su espíritu; que nació á la atención reflexiva en la terrible fecha de 1898, y desde entonces no ha presenciado en torno suyo, no ya un día de gloria ni de plenitud, pero ni siquiera una hora de suficiencia. Y, por encima de todo esto, una generación, acaso la primera, que no ha negociado nunca con los tópicos del patriotismo y que, como tuve ocasión de escribir no hace mucho, al escuchar la palabra España no recuerda á Calderón ni á Lepanto, no piensa en las victorias de la Cruz, no suscita la imagen de un cielo azul y bajo él un esplendor, sino que meramente siente, y esto que siente es dolor. (*Muy bien.*)

Quisiera gritar lo menos posible. Decía Leonardo de Vinci que *dove si grida non é vera scienza*, donde se grita no hay buen conocimiento. La Liga de Educación Política se propone mover un poco de guerra á esas políticas tejidas exclusivamente de alaridos, y por eso, aun cuando cree que sólo hay política donde intervienen las grandes masas sociales, que sólo para ellas, con ellas y por ellas existe toda política, comienza dirigiéndose primero á aquellas minorías que gozan en la actual organización de la sociedad del privilegio de ser más cul-

tas, más reflexivas, más responsables, y á éstas pide su colaboración para inmediatamente transmitir su entusiasmo, sus pensamientos, su solicitud, su coraje, sobre esas pobres grandes muchedumbres dolientes.

*En las épocas de crisis,
la verdadera opinión pública
no es la expresada
por los tópicos al uso.*

Al hablaros, frente á la vieja, de una nueva política no aspiro, por consiguiente, á inventar ningún nuevo mundo. Acercándose á la política es cuestión de honradez para el ideólogo torcer el cuello á sus pretensiones de pensador original. Un principio, nuevo como idea, no puede mover á las gentes. Nueva política es nueva declaración y voluntad de pensamientos, que, más ó menos claros, se encuentran ya viviendo en las conciencias de nuestros ciudadanos.

Decía genialmente Fichte que el secreto de la política de Napoleón, y en general el secreto de toda política, consiste simplemente en esto: declarar lo que es, donde por lo que es entendía aquella realidad de subsuelo que viene á constituir en cada época, en cada instante, la opinión verdadera é íntima de una parte de la sociedad.

Todos habréis experimentado hasta qué punto es difícil saber cuáles son nuestras verdaderas, íntimas, decisivas opiniones sobre la mayor parte de las cosas: hablamos de ellas, opinamos sobre ellas, porque el trato ó la utilidad nos obligan á decir algo, á tomar alguna posición. Pero

bien notamos que algo en nosotros se resiste á reconocer en esas opiniones emitidas por nuestros labios nuestras verdaderas opiniones: no daríamos por ellas ni una sola hora de sueño. Y no es que mintamos: esto supondría que decimos una cosa y pensamos claramente otra. Lo único de que sinceramente nos percatamos es de que allá el fondo obscuro é íntimo de nuestra personalidad no se siente ligado integralmente á esas opiniones que dicen nuestros labios ó que hace como que piensa nuestra mente; no son opiniones sentidas; no son, por tanto, nuestras opiniones. Son los tópicos recibidos y ambientes, son las fórmulas de uso mostrenco, que flotan en el aire público y que se van depositando sobre el haz de nuestra personalidad como una costra de opiniones muertas y sin dinamismo.

La política es tanto como obra de pensamiento obra de voluntad; no basta con que unas ideas pasen galopando por unas cabezas; es menester que, socialmente, se realicen, y para ello que se pongan resueltamente á su servicio las energías más decididas de anchos grupos sociales.

Y para esto, para que las ideas sean impetuosamente servidas, es menester que sean antes plenamente queridas, sin reservas, sin escepticismo, que hinchan totalmente el volumen de los corazones.

Mas ocurre que las gentes, unas por falta de cultura, otras por falta de poder reflexivo, otras porque no han tenido solaz, otras por falta de valor (ya veremos que también hace falta algún valor para pensar lealmente consigo mismo), no han podido ver claro, formularse claramente ese su íntimo, hondo sentir. De aquí la misión que,

según Fichte, compete al político, al verdadero político: *declarar lo que es*, desprenderse de los tópicos ambientes y sin virtud, de los motes viejos y, penetrando en el fondo del alma colectiva, tratar de sacar á luz en fórmulas claras, evidentes, esas opiniones inexpressas é íntimas de un grupo social, de una generación, por ejemplo. Sólo entonces será fecunda la labor de esa generación: cuando vea claramente qué es lo que quiere.

En épocas críticas puede una generación condenarse á histórica esterilidad por no haber tenido el valor de licenciar las palabras recibidas, los credos agónicos, y hacer en su lugar la enérgica afirmación de sus propios, nuevos sentimientos. Como cada individuo, cada generación, si quiere ser útil á la Humanidad, ha de comenzar por ser fiel á sí misma.

Comprenderéis que el empeño parece en tal punto excesivo, que tomarlo alguien sobre sí, y, sobre todo, alguien como yo, sería, sencillamente, intolerable, si no estuviéramos todos y cada uno obligados á ensayarlo en todos los momentos, cada cual á su manera.

Nuestra generación parece un poco remisa á acudir á una brecha donde es menester que ponga su cuerpo. Y esto no sería tan absolutamente grave como es si no trajera consigo y significara el fracaso de nuestra generación, y si este fracaso de nuestra generación no fuera, tal vez, según los momentos que llegan, posible anuncio del fracaso definitivo de nuestro pueblo.

Es una ilusión pueril creer que está garantizada en alguna parte la eternidad de los pueblos: de la historia, que es una arena toda de ferocida-

des, han desaparecido muchas razas como entidades independientes. En historia, vivir no es dejarse vivir; en historia, vivir es ocuparse muy seriamente, muy conscientemente, del vivir, como si fuera un oficio. Por esto es menester que nuestra generación se preocupe con toda consciencia, premeditadamente, orgánicamente, del porvenir nacional. Es preciso, en suma, hacer una llamada enérgica á nuestra generación, y si no la llama quien tenga positivos títulos para llamarla, es forzoso que la llame cualquiera, por ejemplo, yo. (*Grandes aplausos.*)

La España oficial y la España vital.

Casi diría que los pensamientos más urgentes que tenemos que comunicarnos unos á otros podrían nacer todos de la meditación de este hecho: que sea preciso llamar á las nuevas generaciones. Esto quiere decir, por lo pronto, que no están ahí, en su puesto de honor.

Naturalmente, por nuevas generaciones no se me ha de entender sólo esos pocos individuos que gozan de privilegios sociales por el nacimiento ó por el personal esfuerzo, sino igualmente á las muchedumbres coetáneas. Más aún; las muchedumbres, para los efectos políticos, tienen siempre como una media edad: el pueblo ni es nunca viejo, ni es nunca infantil: goza de una perpetua juventud. De modo que decir que las generaciones nuevas no han acudido á la política es como decir que el pueblo, en general, vive una falta de fe y de esperanzas políticas gravísima.

Con todos sus terribles defectos, señores, habían, hasta no hace mucho, los partidos políticos, los partidos parlamentarios, subsistido como inmersos en la fluencia general de la vida española; nunca había faltado por completo una actividad de ósmosis y endósmosis entre la España parlamentaria y la España no parlamentaria, entre los organismos siempre un poco artificiales de los partidos y el organismo espontáneo, difuso, envolvente, de la nación. Merced á esto pudieron ir renovando, evolutivamente, de una manera normal y continua, sus elementos conforme los perdían. Cuando la muerte barría de un partido los miembros más antiguos, los huecos se llenaban automáticamente por hombres un poco más jóvenes, que, incorporando al tesoro ideal de principios del partido algo de esa su poca novedad, dotaban al programa, y lo que es más importante, á la fisonomía moral del grupo, de poderes atractivos sobre las nuevas generaciones. Pero desde hace algún tiempo esa función de pequeñas renovaciones continuas en el espíritu, en lo intelectual y moral de los partidos, ha venido á faltar, y privados de esa actividad—que es la mínima operación orgánica—, esa actividad de ósmosis y endósmosis con el ambiente, los partidos se han ido anquilosando petrificando, y, consecuentemente, han ido perdiendo toda intimidad con la nación.

Estas expresiones mías, sin embargo, no aciertan á declarar con evidencia la enorme gravedad de la situación; parecen, poco más ó menos, como esa frase estereotipada de que usan los periódicos cuando suelen anunciar que tal Gobierno se ha apartado de la opinión. Pero yo me

refiero á una cosa más grave. No se trata de que un Gobierno se haya apartado en un asunto transitorio, de legislación ó de ejercicio autoritario, de la opinión pública, no; es que los partidos íntegros de que esos Gobiernos salieron y salen, es que el Parlamento entero, es que todas aquellas Corporaciones sobre que influye ó es directamente influido el mundo de los políticos, más aún, los periódicos mismos, que son como los aparatos productores del ambiente que ese mundo respira, todo ello, de la derecha á la izquierda, de arriba abajo, está situado fuera y aparte de las corrientes centrales del alma española actual. (*Aplausos.*) Yo no digo que estas corrientes de la vitalidad nacional sean muy vigorosas (dentro de poco veremos que no lo son), pero, robustas ó débiles, son las únicas fuentes de energía y posible renacer. Lo que sí afirmo es que todos esos organismos de nuestra sociedad—que van del Parlamento al periódico y de la escuela rural á la Universidad—, todo eso que, aunándolo en un nombre, llamaremos la España oficial, es el inmenso esqueleto de un organismo evaporado, desvanecido, que queda en pie por el equilibrio material de su mole, como dicen que después de muertos continúan en pie los elefantes.

Esto es lo grave, lo gravísimo.

Se ha dicho que todas las épocas son épocas de transición. ¿Quién lo duda? Así es. En todas las épocas la substancia histórica, es decir, la sensibilidad íntima de cada pueblo, se encuentra en transformación. De la misma suerte que, como ya decía el antiquísimo pensador de Jonia, no podemos bañarnos dos veces en el mismo río,

porque éste es algo fluyente y variable de momento á momento; así cada nuevo lustro, al llegar, encuentra la sensibilidad del pueblo, de la nación, un poco variada. Unas cuantas palabras han caído en desuso y otras se han puesto en circulación; han cambiado un poco los gustos estéticos y los programas políticos han trastocado algunas de sus tildes. Esto es lo que suele acontecer. Pero es un error creer que todas las épocas son en este sentido épocas de transición. No, no; hay épocas de brinco y crisis subitánea, en que una multitud de pequeñas variaciones acumuladas en lo inconsciente brotan de pronto, originando una desviación radical y momentánea en el centro de gravedad de la conciencia pública.

Y entonces sobreviene lo que hoy en nuestra nación presenciamos: dos Españas que viven juntas y se son perfectamente extrañas; una *España oficial* que se obstina en prolongar los gestos de una edad fenecida, y otra España aspirante, germinal, una *España vital*, tal vez no muy fuerte, pero vital, sincera, honrada, la cual, es-torbada por la otra, no acierta á entrar de lleno en la historia. (*Muy bien.*)

Este es, señores, el hecho máximo de la España actual, y todos los demás no son sino detalles que necesitan ser interpretados bajo la luz por aquél proyectada.

Lo que antes decíamos de que las nuevas generaciones no entran en la política, no es mas que una vista parcial de las muchas que pueden tomarse sobre este hecho típico: las nuevas generaciones advierten que son extrañas totalmente á los principios, á los usos, á las ideas y hasta al

vocabulario de los que hoy rigen los organismos oficiales de la vida española. ¿Con qué derecho se va á pedir que lleven, que traspasen su energía, mucha ó poca, á esos odres tan caducos, si es imposible toda comunidad de transmisión, si es imposible toda inteligencia?

En esto es menester que hablemos con toda claridad. No nos entendemos la España oficial y la España nueva, que, repito, será modesta, será pequeña, será pobre, pero que es otra cosa que aquélla; no nos entendemos. Una misma palabra pronunciada por unos ó por otros significa cosas distintas porque va, por decirlo así, transida de emociones antagónicas.

Tal vez alguien diga que son estas afirmaciones gratuitas del sesgo acostumbrado siempre y conocido á la vanidad de los ideólogos.

Creo que para obviar este juicio bastaría con que nos volviéramos á algunas cosas concretas de lo que está pasando.

Ahora se van á abrir unas Cortes; estas Cortes no creo que las haya inventado precisamente un ideólogo (*Risas*); todo lo contrario; ¿no es cierto? Pues bien; salvo Pablo Iglesias y algunos otros elementos, componen esas Cortes partidos que por sus títulos, por sus maneras, por sus hombres, por sus principios y por sus procedimientos podrían considerarse como continuación exacta de cualesquiera de las Cortes de 1875 acá. Y esos partidos tienen á sus clientelas en los altos puestos administrativos, gubernativos, seudotécnicos, inundando los Consejos de Administración de todas las grandes Compañías, usufructuando todo lo que en España hay de instrumento de Estado. Todavía más; esos partidos encuentran en la me-

jor prensa los más amplios y más fieles resonadores. ¿Qué les falta? Todo lo que en España hay de propiamente público, de estructura social, está en sus manos, y, sin embargo, ¿qué ocurre? ¿Ocurre que estas Cortes que ahora comienzan no van á poder legislar sobre ningún tema de algún momento, no van á poder preparar porvenir? No ya eso. Ocurre, sencillamente, que no pueden vivir, porque para un organismo de esta naturaleza vivir al día, en continuo susto, sin poder tomar una trayectoria un poco amplia, equivale á no poder vivir. De suerte que no necesitan esos partidos viejos que vengan nuevos enemigos á romperles, sino que ellos mismos, abandonados á sí mismos, aun dentro de su vida convencional, no tienen los elementos necesarios para poder ir tirando. ¿Veis cómo es una España que por sí misma se derrumba?

Lo mismo podría decirse de todas las demás estructuras sociales que conviven con esos partidos: de los periódicos, de las Academias, de los Ministerios, de las Universidades, etc., etc. No hay ninguno de ellos hoy en España que sea respetado, y exceptuando el ejército, no hay ninguno que sea temido.

La España oficial consiste, pues, en una especie de partidos fantasmas que defienden los fantasmas de unas ideas y que, apoyados por las sombras de unos periódicos, hacen marchar unos Ministerios de alucinación. (*Aplausos.*)

Conste, pues, que no he hecho aquí la crítica, cien veces repetida, de los abusos y errores que unos partidos, unos periódicos, unos Ministerios vengán cometiendo. Sus abusos me traen sin cuidado para los efectos de la nueva orientación po-

lítica que busco y de que hoy os ofrezco, como la previa cuadrícula, la pauta de conceptos generales donde habrá de irse encontrando en sus detalles. Los abusos no constituyen nunca, nunca sino enfermedades localizadas á quienes se puede hacer frente con el resto sano del organismo. Por eso no pienso como Costa, que atribuía la mengua de España á los pecados de las clases gobernantes, por tanto, á errores puramente políticos. No; las clases gobernantes durante siglos—salvas breves épocas—han gobernado mal, no por casualidad, sino porque la España gobernada estaba tan enferma como ellas. Yo sostengo un punto de vista más duro, como juicio del pasado, pero más optimista en lo que afecta al porvenir. *Toda una España—con sus gobernantes y sus gobernados—, con sus abusos y con sus usos, está acabando de morir.* Y como son sus usos, y no sólo sus abusos, á quienes ha llegado la hora de fenecer, no necesita de crítica ni de grandes enemigos y terribles luchas para sucumbir.

Mis palabras, pues, no son otra cosa sino la declaración de que la nueva política ha de partir de este hecho: cuanto ocupa la superficie y es la apariencia y caparazón de la España de hoy, la España oficial, está muerto. La nueva política no necesita, en consecuencia, criticar la vieja ni darle grandes batallas; necesita sólo tomar la filiación de sus cadavéricos rasgos, obligarla á ocupar su sepulcro en todos los lugares y formas donde la encuentre y pensar en nuevos principios afirmativos y constructores.

No he de insistir, naturalmente, en traer pruebas para esto. Yo no pretendo hoy demostrar

nada; vengo simplemente á dirigir algunas alusiones al fondo de vuestras conciencias. Allí es donde podréis lealmente buscar la confirmación de mis aseveraciones. No vengo á traeros silogismos, sino á proponeros simples intuiciones de realidad.

Pero, además, no es sino muy natural que acontezca en España esto que acontece; y si lo que voy á decir ahora es en cierta manera nuevo, que no lo es, pero nuevo para un público un poco amplio, es porque no se quiere pensar seriamente en política.

Qué significa para nosotros "política",

La nueva política, todo eso que, en forma de proyecto y de aspiración, late vagamente dentro de todos nosotros, tiene que comenzar por ampliar sumamente los contornos del concepto político. Y es menester que signifique muchas otras actividades sobre la electoral, parlamentaria y gubernativa; es preciso que, trasponiendo el recinto de las relaciones jurídicas, incluya en sí todas las formas, principios é instintos de socialización. La nueva política es menester que comience á diferenciarse de la vieja política en no ser para ella lo más importante, en ser para ella casi lo menos importante la captación del gobierno de España, y ser, en cambio, lo único importante el aumento y fomento de la vitalidad de España. (*Muy bien, muy bien.—Aplausos.*) De suerte que llegará un día (¿quién lo duda?) en que, con unos ú otros hombres, la nueva política ganará sus elecciones y tendrán gentes de su es-

píritu las varas de alcaldes; pero esto no pesará en su satisfacción ni un adarme más que el haber conseguido, por ejemplo, que se publique un buen libro de anatomía ó de electricidad, ó haber hecho que se forme por los labriegos perdidos en el áspero rincón de una montaña una Sociedad agrícola de resistencia.

Con esto está dicho que el Estado español, es decir, el buen compás jurídico, el formalismo oficial, el orden público, en una palabra, no es precisamente á quien nosotros deseamos servir en última instancia. Es más; si el Estado español fuera el que se hallara enfermo por errores de esto que se ha llamado política, entonces probablemente no tendríamos por qué considerarnos obligados moralmente á servir en la vida pública. Lo malo es que no es el Estado español quien está enfermo por externos errores de política sólo; que quien está enferma, casi moribunda, es la raza, la substancia nacional, y que, por lo tanto, la política no es la solución suficiente del problema nacional, porque es éste un problema histórico. Por tanto, esta nueva política tiene que tener conciencia de sí misma y comprender que no puede reducirse á unos cuantos ratos de frívola peroración ni á unos cuantos asuntos jurídicos, sino que *la nueva política tiene que ser toda una actitud histórica*. Esta es una diferencia esencial. El Estado español y la sociedad española no pueden valernos igualmente lo mismo, porque es posible que entren en conflicto, y cuando entren en conflicto es menester que estemos preparados para servir á la sociedad frente á ese Estado, que es sólo como el caparazón jurídico, como el formalismo externo de su vida. Y si fue-

ra, como es para el Estado español, como para todo Estado, lo más importante el orden público, es menester que declaremos con lealtad que no es para nosotros lo más importante el orden público, que antes del orden público hay la vitalidad nacional.

*Diferencia radical entre la
"Liga de Educación Política
Española,, y los partidos
: : : : : actuales. : : : :*

Si tenéis algún deseo de entender bien nuestras aspiraciones y queréis desde luego ser justos con aquello que hay de pretensión de novedad en nuestros propósitos—no esperando á que hasta los ciegos lo tengan que reconocer—, es necesario que toméis completamente en serio esa ampliación del concepto «política» que yo acabo de exigir; que la realicéis en vuestro pensamiento y advirtáis las consecuencias á que lleva.

Todas las labores que hasta ahora realizan todos los partidos se reducen á preparar, conquistar y ejercer la actuación de gobierno. Política es, hasta ahora, sólo gobierno y táctica para la captación de gobierno. Sólo en parte, y en parte sólo, habremos de considerar como excepciones sólo habremos de considerar como excepciones el partido socialista y el movimiento sindical; que por esto son las únicas potencias de modernidad que existen hoy en la vida pública española, y con las cuales nosotros nos confundiríamos si no se limitaran, sobre todo el socialismo, á credos dogmáticos con todos los inconvenien-

tes para la libertad que tiene una religión doctrinal.

Consideramos el gobierno, el Estado, como uno de los órganos de la vida nacional; pero ni como el único ni siquiera el decisivo. Hay que exigir á la máquina Estado mayor mucho mayor rendimiento de utilidades sociales que ha dado hasta aquí; pero aunque diera cuanto idealmente le es posible dar, queda por exigir mucho más á los otros órganos nacionales que no son el Estado, que no es el Gobierno, que es la libre espontaneidad de la sociedad.

NOTE.

De modo que nuestra actuación política ha de tener constantemente dos dimensiones: la de hacer eficaz la máquina Estado y la de suscitar, estructurar y aumentar la vida nacional en lo que es independiente del Estado. Nosotros iremos á las villas y á las aldeas, no sólo á pedir votos para obtener actas de legisladores y poder de gobernantes, sino que nuestras propagandas serán á la vez creadoras de órganos de socialidad, de cultura, de técnica, de mutualismo, de vida, en fin, humana en todos sus sentidos; de energía pública que se levante sin gestos precarios frente á la tendencia fatal en todo Estado de asumir en sí la vida entera de una sociedad.

Por esto es, en nuestra opinión, «política» toda una actitud histórica. La historia, según hoy se entiende, no es, en primer término, la historia de las batallas, ni de los jefes de Gobierno, ni de los Parlamentos; no es la historia de los Estados, que es el cauce ó estuario, sino de las vitalidades nacionales, que son los torrentes.

Esto de que con tanta insistencia aparezca, no sólo en mis palabras, que es lo de menos, repi-

to, sino en el fondo de las conciencias de esa España no oficial, el término y la idea de la vitalidad nacional y su oposición á eso que se llama el orden público, indica que deben significar cosa distinta de lo que á primera vista aparece. Pues es natural, es evidente: nadie está dispuesto á defender que sea la Nación para el Estado y no el Estado para la Nación, que sea la vida para el orden público y no el orden público para la vida. Algo, pues, debe haber latente, y es la convicción de que hay motivos para que sea de especial urgencia entender por política el conjunto de labores cuyo fin sea el aumento del pulso vital de España, especialmente aquellas que signifiquen el violento acoso de esta raza valetudinaria hacia una enérgica existencia. (*Aplausos.*)

La lealtad puede decirse que es el camino más corto entre dos corazones, y yo ahora no hago sino dirigirme al fondo leal de los vuestros y preguntaros si allá, en ese fondo insobornable que no se deja desorientar nunca por completo, al comparar la época actual con la que queda del otro lado—por lo menos en el pleno dominio de la conciencia española—, del otro lado del 98, si no notáis que es característica de la actual la sospecha recia y trágica de que no ha sido sólo este ó el otro hombre, este ó el otro Gobierno, tal institución ó tal otra, quien ha llegado por sus errores y sus faltas á desvirtuar la energía nacional al punto á que ha llegado; y estoy seguro de que en ese fondo leal de vosotros á que antes me refería, si recordáis lo que os pasara siempre que hayáis pensado en un tema político con un poco de atención, habréis sorprendido en vosotros la sospecha previa de que las soluciones

políticas no son bastantes; de que, bajo las presentes ó posibles texturas legales, la raza se halla como exánime; de que no se puede contar, por lo menos de antemano y como han contado y cuentan otros pueblos, con una abundancia de energías que sólo aguardan cauce, que sólo le quedan como unos hilillos de vitalidad histórica, y de que, por tanto, toda solución meramente política es insuficiente.

Por esta trágica convicción, señores, nos preocupa tanto afirmar la necesidad de anteponer el salvamento de nuestra vida étnica á toda jurídica delicadeza, porque estamos en el fondo convencidos de que tenemos muy poca vida, de que urge acudir á salvar esos últimos restos de potencialidad española.

Y es claro que, bajo esta trágica convicción, el orden público, la paz jurídica no perderán el carácter de cosas respetables, pero francamente se convertirán en respetables nimiedades. Nuestro problema es mucho más grande, mucho más hondo; no es vivir con orden, es vivir primero. (*Muy bien.*)

La muerte de la Restauración.

Estas dos emociones radicales, la de abrigar vivas sospechas sobre el positivo vigor histórico de nuestra raza y, en consecuencia, la de estar dispuestos á anteponer todos aquellos medios que sean necesarios para avivarlas á las meras ficciones y apariencias de buen gobierno, significa que ha entrado España en una época de la pública sensibilidad incompatible é incommunicante con otra época que se conoce en la historia

con el nombre de Restauración, la cual gravitaba sobre las dos ideas más opuestas á éstas que cabe imaginar. Y como el ser toda una actitud histórica es el carácter que tiene que tener la nueva política, antes de comenzar la actividad conviene que tomemos una clara orientación histórica.

Aquel apartamiento de la política de las nuevas generaciones, esa senilidad, esa desintegración fatal de los partidos vigentes, esa conducta de fantasmas que llevan los organismos de la España oficial frente á la nueva, debían recibir una sencilla denominación histórica; eso tiene un nombre, hay que ponersele: es que asistimos al fin de la crisis de la Restauración, crisis de sus hombres, de sus partidos, de sus periódicos, de sus procedimientos, de sus ideas, de sus gustos y hasta de su vocabulario; en estos años, en estos meses concluye la Restauración la liquidación de su ajuar; y si se obstina en no morir definitivamente, yo os diría á vosotros—de quienes tengo derecho á suponer exigencias de reflexión y conciencia elevadamente culta—, yo os diría que nuestra bandera tendría que ser ésta: «la muerte de la Restauración». «Hay que matar bien á los muertos.» (*Grandes aplausos.*)

¿Qué es la Restauración, señores? Según Cánovas, la continuación de la historia de España. ¡Mal año para la historia de España si legítimamente valiera la Restauración como su secuencia! Afortunadamente, es todo lo contrario. La Restauración significa la detención de la vida nacional. No había habido en los españoles, durante los primeros cincuenta años del siglo XIX, complejidad, reflexión, plenitud de intelecto, pero

había habido coraje, esfuerzo, dinamismo. Si se quemaran los discursos y los libros compuestos en ese medio siglo y fueran sustituidos por las biografías de sus autores, saldríamos ganando ciento por uno. Riego y Narváez, por ejemplo, son, como pensadores, ¡la verdad!, un par de desventuras; pero son como seres vivos dos altas llamaradas de esfuerzos.

Hacia el año 1854—que es donde en lo soterrano se inicia la Restauración—comienzan á apagarse sobre este haz triste de España los esplendores de ese incendio de energías; los dinamismos van viniendo luego á tierra como proyectiles que han cumplido su parábola; la vida española se repliega sobre sí misma, se hace hueco de sí misma. Este vivir el hueco de la propia vida fué la Restauración.

En pueblos de ánimo más completo y armónico que el nuestro puede, á una época de dinamismo, suceder fecundamente una época de tranquilidad, de quietud, de éxtasis. El intelecto es el encargado de suscitar y organizar los intereses tranquilos y estáticos, como son el buen gobierno, la economía, el aumento de los medios, de la técnica. Pero ha sido la característica de nuestro pueblo haber brillado más como esforzado que como inteligente.

Vida española, digámoslo lealmente, señores, vida española, hasta ahora, ha sido posible sólo como dinamismo.

Cuando nuestra nación deja de ser dinámica cae de golpe en un hondísimo letargo y no ejerce más función vital que la de soñar que vive.

Así parece como que en la restauración nada

falta. Hay allí grandes estadistas, grandes pensadores, grandes generales, grandes partidos, grandes aprestos, grandes luchas: nuestro ejército en Tetuán combate con los moros lo mismo que en tiempo de Gonzalo de Córdoba; en busca del Norte enemigo hienden la espalda del mar nuestras carenas, como en tiempos de Felipe II; Pereda es Hurtado de Mendoza, y en Echegaray retoña Calderón. Pero todo esto acontece dentro de la órbita de un sueño; es la imagen de una vida donde sólo hay de real el acto que la imagina.

La Restauración, señores, fué un panorama de fantasmas, y Cánovas el gran empresario de la fantasmagoría.

«No llamé Restauración á la contrarrevolución—dice Cánovas—, sino conciliación.» «No haya vencedores ni vencidos—dice otra vez. ¿No son sospechosas, no os suenan como propósitos turbios estas palabras? Esta premeditada renuncia á la lucha, ¿se ha realizado alguna vez y en alguna parte en otra forma que no sea la complicidad y el amigable reparto? «Orden», «orden público», «paz»... es la única voz que se escucha de un cabo á otro de la Restauración. Y para que no se altere el orden público se renuncia á atacar ninguno de los problemas vitales de España, porque, naturalmente, si se ataca un problema visceral, la raza, si no está muerta del todo, responde dando una embestida, levantando sus dos brazos, su derecha y su izquierda, en fuerte contienda saludable.

Y para que sea imposible hasta el intento de atacarlos, el partido conservador, y Cánovas haciendo de buen Dios, construye, fabrica un par-

tido liberal domesticado, una especie de buen diablo ó de pobre diablo, con que se complete este cuadro paradisiaco. (*Risas y aplausos.*)

Y todo intento de eficaz liberalismo es aplastado, es agostado. Recordad si no la izquierda dinástica, que se parece tanto á ciertas evoluciones de nuestros días.

Para que puedan vivir tranquilamente estas estructuras convencionales es forzoso que todo lo que haya en torno de ellas se vuelva convención; en el momento en que introduzcáis un germen de vida, la convención explota.

Y aquí tenéis que Cánovas sólo en una cosa aprieta—ya es esto para ponernos en guardia—, una cosa que va á servir como de suprema convención, encargada de dar seguridad á todas las demás. Esta cosa es la lealtad monárquica, de que en breve hablaremos. Se hace del monarquismo un dogma sobrenatural indiscutible, rígido. Y eso, eso es lo único que antepone Cánovas al orden público y que identifica con España. Sus palabras fueron: «Sobre la paz está la Monarquía». Frase verdaderamente sospechosa para quien sobre todo, incluso sobre la vitalidad nacional, estaba la paz. Pero Cánovas, señores, no era una criatura inocente; yo respeto sinceramente su enorme talento, tal vez el más grande de su siglo en España para cuestiones ideológicas, si hubiera podido dedicar á ellas su vida; mas por encima de ser un gran erudito, y un gran orador, y un gran pensador, fué Cánovas, señores, un gran corruptor, como diríamos ahora, un profesor de corrupción. Corrompió hasta lo incorruptible. Porque esa frase «sobre la paz está la Monarquía» produjo el efecto de conver-

tir á su vez en dogma rígido, esquemático, inflexible, ineficaz, extranacional, á la idea republicana. La frase de Cánovas fué al punto contestada por la extrema izquierda de este modo: «Para nosotros, sobre la paz está la República». Y he aquí dos esquemas simplistas, Monarquía y República, puestos sobre todas las cosas nacionales, y he aquí España girando sobre dos polos, que son dos duros vocablos. (*Aplausos.*) Medio país ocupado en garantizar el orden público en nombre de la Monarquía y el otro medio país ocupado en subvertirle en nombre de la República. Y como el orden público se pedía en beneficio de una palabra y no de nada substancial, y como la revolución se demandaba en servicio de algo bien poco inminente y positivo, no había sino una ficción y cáscara de orden, no había mas que revoluciones oratorias. De este modo se embotó el sistema nervioso de las clases acomodadas, acostumbrándolas á la ineficacia y á la desconfianza, y los republicanos enrudecieron todavía más á las muchedumbres con sus simplismos. Los héroes que entonces quisieron iniciar en España el movimiento socialista, que era una política mucho más compleja, mucho más sabia y mucho más real, saben muy bien cómo fué para ellos una muralla granítica el republicanismo restaurador.

Me es imposible seguir con detalle, porque el tiempo corre muy de prisa, los distintos rasgos característicos de la Restauración; y lo siento verdaderamente, porque forman un cuadro cuya contraposición exacta hallaríais en el fondo de vuestras conciencias. Sólo mentaré los nombres de estos rasgos fisionómicos. Es, por lo

pronto, el amor á la ficción jurídica (este orden público á que antes me refería), á la pomposidad, á la exterioridad, á contentarse con la apariencia. Es el seguir hablando de la tradición nacional, lo cual es grave, señores, porque no es sino otro nombre con que se indica el desconocimiento del caso España, de lo que es España como peculiar problema histórico y político. Porque lo que representa España, á diferencia de los demás pueblos actuales de Europa, es ser el pueblo en que no han fracasado estos ó los otros hombres, estas ó las otras instituciones, sino algo más hondo; es que en nuestra Historia tenemos como un rompimiento de la eficacia de los principios más íntimos é inalienables del pueblo, de la tradición; en España, pues, es donde (aun aparte de cuestiones de ética y de derecho) el tradicionalismo no puede ser nunca un punto de partida para la política. Podrá tal vez ser útil para ciertas labores complementarias; pero centrar la política en la tradición, conservar los nombres huecos del pasado y con esos querer resolver las lacras del presente, esto no es mas que un desconocimiento de la realidad española; es decir, convencionalismo, simplismo, caracteres de la Restauración.

Pero además de esto fué la Restauración, como hemos visto, la corrupción organizada; y el turno de los partidos, como manivela de ese sistema de corrupción.

Por fin, yo casi estoy por decir que, como más característico que todo esto, como más pernicioso, como raíz y origen de todo lo dicho, el fomento de la incompetencia.

Yo os pido que si queréis tomar una postura

fundada ante los problemas actuales de la nación, releais, de cuando en cuando, libros en que se cuente esta historia restauradora, por ejemplo, entre los que se ocupan de los últimos años de esta etapa, los veinte tomos del *Año político* de Soldevilla, donde están los gérmenes puros, ingenuamente depositados sobre el papel, de los hechos nacionales en aquel período. Y yo os digo que de esa galería obscura de años inertes, de años trágicos, porque la inercia puede tomar en ocasiones el vuelo de una trágica condición, de aquel movimiento de generales que van y vienen y se suceden, de Comisiones que se reúnen y se desunen sin haber resuelto nada, de temas que se suscitan y á los cuales no piensa nadie dar cima ni llegar á la fórmula más elemental de su solución, de todo ese fondo no os quedarán, sin embargo, como lo más característico, flotando en la memoria, grandes crímenes constitucionales, ni, tal vez, demasiado grandes y súbitos descubrimientos de defraudaciones al Erario; pero lo que sí emana de todos esos años oscuros y terribles es una omnímoda, horrible, densísima incompetencia.

¿Adónde podía conducir todo esto? Al 98. ¿Cómo dudar de la existencia de esas dos Españas incomunicantes é incompatibles á que yo antes me refería? Deben ser un poco enfermos de la memoria quienes lo niegan, cuando olvidan que entre esa época y nosotros hay una fecha terrible, fatal: el 98. Podrá satisfacerse el que encuentre en ello gusto, haciendo notar, insistiendo en que la época del 98 acá no ha producido hombres de cualidades brillantes; pero es que la convivencia nacional no es una reunión esco-

lar en la que se trate de dar premio al mérito de unos cuantos. Por bajo la falta de brillantez en este ó aquel individuo está el acerbo positivo de la gran modestia nacional, de la espléndida sacra anonimidad, y allí, sin ruido, lentamente, oculatamente, se viene preparando un momento fieramente justiciero. Es natural.

Tardará más ó menos en venir; pero el más humilde de vosotros tiene derecho á levantarse delante de esos hombres que quieren perpetuar la Restauración y que asumen su responsabilidad, y decirles: «no me habéis dado maestros, ni libros, ni ideales, ni holgura económica, ni amplitud saludable humana, soy vuestro acreedor, yo os exijo que me déis cuenta de todo lo que en mí hubiera sido posible de seriedad, de nobleza, de utilidad nacional, de vida armoniosa, y no se ha realizado, quedando sepulto en mí antes de nacer; que ha fracasado porque no me dísteis lo que tiene derecho á recibir todo ser que nace en latitudes europeas.

Y aun habíamos de avergonzarnos de ser nosotros quienes viniéramos con estas exigencias, al fin y al cabo hemos nacido en las capas superiores de la sociedad española; pero ¿qué no tendría derecho á decir el obrero en la vida cruda de su ciudad y el labriego en su campiña desértica y áspera?

Todo español lleva dentro, como un hombre muerto, un hombre que pudo nacer y no nació, y claro está que vendrá un día, no nos importa cuál, en que esos hombres muertos escogerán una hora para levantarse é ir á pedirnos cuenta sañudamente de ese vuestro innumerable asesinato.

Yo necesitaba extenderme en estos puntos de vista y al solicitar á la acción pública, á las nuevas generaciones y especialmente á las minorías que viven en ocupaciones intelectuales, no quiero decir que se dejen las exigencias y la fuerza de su intelectualidad en casa; es menester que, si van á la política, no se avergüencen de su oficio y no renuncien á la dignidad de sus hábitos mentales; es preciso que vayan á ella como médicos y economistas, como ingenieros y como profesores, como poetas y como industriales. Y la dignidad del hábito mental, adquirido por quien vive en obra de intelección, es moverse no sólo en cosas concretas, sino saber que para llegar á ellas fina y acertadamente, hay que tomar la vuelta de las orientaciones generales. Lo general no es mas que un instrumento, un órgano, para ver claramente lo concreto; en lo concreto está su fin, pero él es necesario. Mientras sean para los españoles sinónimos la idea general y lo irreal, lo vago, todo empeño de renacer fracasará. Porque cultura no es otra cosa sino esa premeditada, astuta vuelta que se toma con el pensamiento—que es generalizador—para echar bien la cadena al cuello de lo concreto.

*Desconfianza ante los
programas simples.*

Yo quisiera ahora, rápidamente, puesto que el tiempo no me deja más, explicar cuáles son algunas de las posiciones de la Liga de Educación política frente á algunos temas presentes é ineludibles de la política española.

Pero conste que yo no voy á hacer un programa. La «Liga de Educación Política Española» no es hoy un partido parlamentario preocupado de captar el Poder y á quien sea urgente la posesión de esas ganzúas de gobierno, que llaman algunos programas. ¡Ojalá que existieran hoy, como en otros tiempos, breves y sencillos ideales políticos, capaces de encender en llama de fe viva los corazones de todo un pueblo, así de los privilegiados intelectuales como de las muchedumbres pasionales! Mas, precisamente, porque hoy no los hay se ha fundado la «Liga de Educación Política Española»; á fin de que mañana, en un mañana muy próximo, los haya. Porque, como al principio os decía, y luego he insistido en decir y ahora reitero, se trata de un instante crítico, en que las fórmulas recibidas y gritadas públicamente no satisfacen íntegramente á nadie y urge renovar los principios mismos de toda la batalla política, tejer nuevas banderas, modular nuevos himnos y forjar nuevas interjecciones políticas que no se pierdan en el aire, como meros sonidos, que acierten á poner tensión duradera en los músculos de legiones de brazos.

Por ser de inminencia que alguien tocara á rebato solicitando á la actuación política las nuevas generaciones, me he atrevido á hablaros hoy desde aquí; pero—claro está—mi atrevimiento no llega á más que á enunciar aquellas convicciones primarias y genéricas, dentro de las que evidentemente han de formarse los nuevos usos. No he de tener la avilantez de exponeros mi programa. Experimento demasiado amor, tengo demasiada fe y conozco demasiado las dificul-

tades que se encierran en esta frase: «nueva política». ¿Lo oís bien? Nueva—por tanto, desde sus bases hasta sus cimas, desde sus axiomas á sus últimos corolarios, desde sus emociones hasta sus términos—nueva. ¿Y voy á tener la avilantez de venir aquí, sin autoridad y en un breve rato, á pretender vuestra súbita conversión? No: yo no puedo daros hoy otro programa que éste, compuesto de dos proposiciones: los programas usaderos son caducos é inútiles—venid á trabajar en un nuevo edificio de ideas y pasiones políticas. Yo ahora no pido votos; yo ahora no hablo á las masas; me dirijo á los nuevos hombres privilegiados de la injusta sociedad—á los médicos é ingenieros, profesores y comerciantes, industriales y técnicos—; me dirijo á ellos y les pido su colaboración.

*Más acción nacional
que fórmulas políticas.*

Cualquiera que sea el contenido particular de nuestro programa sé de antemano que se caracterizará por exigir con el mismo vigor estas dos cualidades: justicia y eficacia. Mirad cómo en toda Europa comienzan nuevos fervores de luchas liberales, y mirad cómo no encienden esa pasionalidad política modernísima, utopías más ó menos remozadas, sino el ideal de la eficacia.

Vamos á inundar con nuestra curiosidad y nuestro entusiasmo los últimos rincones de España; vamos á ver España y á sembrarla de amor y de indignación. Vamos á recorrer los campos en apostólica algarada, á vivir en las aldeas, á escuchar las quejas desesperadas allí donde ma-

nan; vamos á ser primero amigos de quienes luego vamos á ser conductores. Vamos á crear entre ellos fuertes lazos de socialidad—cooperativas, círculos de mutua educación, centros de observación y de protesta. Vamos á impulsar hacia un imperioso levantamiento espiritual los hombres mejores de cada capital, que hoy están prisioneros del gravamen terrible de la España oficial, más pesado en provincias que en Madrid. Vamos á hacerles saber á esos espíritus fraternos, perdidos en la inercia provincial, que tienen en nosotros auxiliares y defensores. Vamos á tender una red de nudos de esfuerzo por todos los ámbitos españoles, red que á la vez será órgano de propaganda y órgano de estudio del hecho nacional; red, en fin, que forme un sistema nervioso por el que corran vitales oleadas de sensibilidad y automáticas, poderosas corrientes de protesta.

¡El programa! Si se entiende por tal algo hondo y vivaz, tiene que ser creado tema á tema, en esa convivencia á que os invito. Tengamos el valor de esa misma novedad que pretendemos y no comencemos, como han hecho y hacen los otros partidos, por el fin. Nosotros no tenemos prisa: prisa es lo único que suelen tener los ambiciosos.

Odiemos las puras palabras. ¿Qué ganaríamos con que yo ahora incluyera aquí un párrafo diciendo que es uno de los cuatro ángulos de nuestro programa la demanda de la moralidad en los poderes? Eso no se dice; eso es para hecho. En lugar de decirlo hagámoslo; organicémonos en línea de agresión contra la inmoralidad; que lleguen á saber los ofendidos y maltrechos que

hay una colectividad dispuesta y pertrechada en todo instante para defenderlos.

Sólo por la necesidad en que estamos—conforme tejemos esa nueva acción política, que será lo nuestro genuino—de dar cara á los sucesos de la política momentánea, de intervenir desde luego en la contienda, diré algo que ha de valer más bien como ejemplo de nuestra orientación que como definitivas aclaraciones, salvo en un asunto á que luego me he de referir.

¿Qué actitud tomar entre las direcciones genéricas de la política al uso? Señores, si yo ahora declaro que los que formamos parte de la Liga de Educación política somos liberales, no diría nada, porque el vocabulario político está infestado y todos sus términos tienen que ser sometidos á lazareto. Las cosas, claras. Yo desearía poderme llamar aquí radical. No creo, es cierto, que todas las labores hechas por los radicales españoles hayan sido inútiles; ha habido algunos—que yo llamaría buenos demagogos—, en cuya vida particular yo no tengo para qué meterme, que han ejercido una función necesaria en la sociedad: han producido como una primera estructura histórica en las masas; y esos son realmente respetables. Pero esto ocurre á alguno que otro. Los radicales, así, en general, son unas gentes que van gritando por esas reuniones de Dios; y nuestra política es todo lo contrario que el grito, todo lo contrario que el simplismo. Si las cosas son complejas, nuestra conducta tendrá que ser compleja. No hay nada más absurdo que, por ejemplo, pedir que en el espectro de los colores se nos indique dónde

exactamente acaba el anaranjado y dónde empieza el amarillo, porque es esencial á los colores puros el fundirse unos con otros en transición suavísima, el no acabar aquí ó allí. Lo complejo tiene que ser reflejado, en los programas políticos, complejamente; y una de las cosas más graves que ocurren en España es que sólo se dirigen á la multitud esos simplismos radicales ó reaccionarios, esos grandes gritos, que convierten la política en un sicofantismo, en obra de denostación y de insulto. Por consiguiente, yo necesitaría mucho tiempo para explicar en qué sentido nosotros deseamos ser radicales, es decir, extremadamente liberales, mucho más liberales que cuantos partidos tienen hoy representación en nuestro Parlamento. Pero es que hay cosas que, á lo mejor, pasan como no radicales y lo son. Yo no puedo olvidar que uno de los intentos de reformas más positivamente avanzados que se ha intentado en la Hacienda, fué una ley de impuestos sobre las cédulas personales; y los republicanos fueron los primeros en oponerse á ella. Mientras las cosas no se pongan claras no podremos, sin incurrir en falta de seriedad, declararnos, sin más ni más, radicales. ¿Para qué? ¿Para pedir la limosna de un aplauso?

Las formas de gobierno.

Esto nos lleva á una de las cuestiones más graves del momento, sobre la que es forzoso tomar una postura digna, seria, evidente, inequívoca: la cuestión de las formas de Gobierno.

No vamos á ocultar nuestra gran simpatía por un movimiento reciente que ha puesto á muchos republicanos españoles en ruta hacia la Monarquía. Sin embargo, la mayor parte de los que hasta ahora componen la Liga de Educación política no hemos sido nunca republicanos, ó lo hemos sido, como muchos compatriotas nuestros, pasajeramente, en una hora de mal humor. (*Risas.*) Con esto quiero decir que la cuestión de Monarquía no puede significar para nosotros lo mismo que para aquellos que van lanzados en un viaje siempre azaroso hacia ella. En un país donde las masas están pervertidas por esos simplismos de los gritadores á que antes me refería, hartos tienen los que hacen la evolución con decir que van de la República á la Monarquía. Pero en esto hay un inconveniente; porque vienen de una república que es la lunática república de la Restauración, y al anunciar su proximidad á la Monarquía, las gentes literalmente entienden por Monarquía lo que ha significado esta palabra en la Restauración, y tienen razón á resistirse, y los que evolucionan tendrán fatalmente que retroceder con gran violencia, si ser monárquico va á seguir significando lo que ha significado hasta aquí.

Esto requiere, por consiguiente, una extrema-
da precisión, es algo en que, por fuerza, ha de quedar claro el campo.

Aun cuando acepte la intención con que las palabras estas han sido frecuentemente dichas, no puedo aceptar la forma, no puedo aceptar los términos, según los cuales se dice que las formas de Gobierno son accidentales.

¿Qué se quiere declarar con su accidentalidad? Sin duda se quiere decir que hay en nuestra conciencia política ciertas ideas á las cuales sentimos indisolublemente adscrito el eje moral de nuestra persona, y, en cambio, otras de las cuales, con más ó menos facilidad, podríamos prescindir. Y, efectivamente, si somos leales con nosotros, las formas de Gobierno nos aparecerán como de aquellas cosas de que en algún caso podríamos prescindir, ó que podríamos trasmutar la una por la otra. Pero, ¿cuáles son las imprescindibles? ¿Cuáles son las que van atadas á ese fondo inalienable de nuestra conciencia política?

No es ciertamente la Monarquía, no es ciertamente la República. Las extremas izquierdas de todo el mundo hoy, los sindicalistas, con quien en cierto sentido simpatizamos, consideran á la República cosa tan reaccionaria como la Monarquía, y piden un Estado espontáneo, difuso, sin poder gubernativo. Pero también los radicales de muchos países combaten el régimen parlamentario y el sufragio universal por juzgarlos antidemocráticos.

De suerte que, en resolución, lo único que queda como inmutable é imprescindible son los ideales genéricos, eternos, de la democracia; y todo lo demás, todo lo que sea medio para realizar y dar eficacia en cada momento á esos ideales democráticos es transitorio.

Estos medios reales y transitorios para cumplir los ideales, los fines políticos, son los que se llaman instituciones; no conviene, pues, decir especialmente que las formas de Gobierno son accidentales, porque toda institución lo es; toda

institución es un mero instrumento que, á fuer de tal, sólo puede ser justificado por su eficacia. Abandonamos, pues, esta terminología escolástica en que se nos habla de lo accidental y de lo sustancial; es menester que traigamos la cuestión á su terreno propio, que es el de los medios y fines; los medios, es decir, las instituciones y los fines, es decir, la justicia humana y la plenitud vital de la sociedad.

Puesto el tema en este campo, que es el suyo, ¿cómo puede decirse que la institución máxima, de la que depende la buena marcha de todas las demás, es cosa de menor cuantía? No, esto quiere decir que se simpatiza con instituciones evanescentes y evaporadas, cuya única misión es esta, siendo así que quien tiene una noción y un deseo de la política, como de algo plenamente vivo en todos sus actos y órganos, no puede lealmente pedir estas instituciones fainéantes, holgazanas.

Esto nos huele demasiado á siglo XIX, que es para nosotros tan pasado como el X.

Bien está que los republicanos de la Restauración, contaminados por la política abstracta, irreal, de esta época; hombres que no sentían con la misma fe y con la misma fureza que el imperativo de la justicia el imperativo de la eficacia, creyeran encontrar en no sé qué razones de no sé qué teorías, motivos para decidirse por una de estas formas de Gobierno. Para nosotros el problema de toda institución nace y muere dentro de la órbita experimental de la historia. No entendemos, pues, qué puede quererse decir con que la República es mejor en teoría; no hay más teoría que una teoría de

una práctica, y una teoría que no es esto, no es teoría, sino simplemente una ineptia. (*Muy bien.—Aplausos.*)

Se trata de estructurar la vida española; se trata de obrar enérgicamente sobre esos últimos restos de vitalidad nacional. Para esto nosotros empezamos á trabajar en la España que encontramos. Somos monárquicos, no tanto porque hagamos hincapié en serlo, sino porque ella—España—lo es. No vemos en la Restauración el fracaso de la Monarquía, sino también el de los republicanos.

Convencidos de que á nadie en particular, sino á todos en general, correspondió el fracaso, esperamos de la Monarquía, en lo sucesivo, no sólo que haga posible el derecho y que se recluya dentro de la Constitución, sino mucho más: que haga posible el aumento de la vitalidad nacional. No somos, pues, monárquicos porque dejemos de ser republicanos; no somos, no podemos ser, no entendemos que se puede ser definitivamente lo uno ni lo otro. En esta materia no es decorosa al siglo XX otra postura que la experimental.

Como Renan decía que una nación es un plebiscito de todos los días, así la Monarquía tiene que justificar cada día su legitimidad, no sólo negativamente, cuidando de no faltar al derecho, sino positivamente, impulsando la vida nacional. Pues por encima de la corrección jurídica, piden los pueblos á sus instituciones una imponderable justificación de su fecundidad histórica, y si no la dan, un día antes ó un día después, las instituciones son tronchadas. Mas para esto es preciso que el pueblo vea bien claro que quien no

ha cumplido es esa institución, y para esto hace falta que vea á sus hombres mejores, á aquellos en quienes más confía, trabajar dentro de ella.

En España, señores, mientras no hubo republicanos hubo revoluciones; desde que hay republicanos no hay revoluciones. (*Aplausos.*) Esa actividad republicana enorme, ubícua, verdaderamente incansable durante cuarenta años, ha consistido en una abundantísima producción oral, y con ser tan ténues, tan leves los cuerpos de las palabras, han sido tantas las pronunciadas por los republicanos, que se han condensado en un recio muro, puesto en torno á la Monarquía, á la Monarquía tradicional, á la Monarquía lealista y extra-nacional, de tal manera que la defensa más poderosa que hasta ahora ha tenido la Monarquía ha sido esa muralla china de la oratoria republicana.

Señores: conviene que Monarquía y República dejen de ser dos convenciones sin tránsito fácil y vivo de la una á la otra; que no sea el declararse monárquico ó republicano algo que, como el nacimiento ó la muerte, no se puede hacer mas que una vez en la vida. Nada viviente manifiesta estas rigideces; son propias sólo de los esquemas.

La Monarquía, en tanto, puede, si quiere, hacerse solidaria de las esperanzas españolas y entretejerse hondamente con ellas; mas para esto es preciso, repito, que ser monárquico signifique otra cosa de lo que significó para los dos partidos restauradores.

Hay un momento famoso, en el año de 1878, en que Cánovas, habiendo oprimido oratoriamente á Sagasta para que pronunciara la pala-

bra fatal, la que le ligaba por siempre al convencionalismo de la Restauración, tuvo la satisfacción de oír que Sagasta la pronunciaba; y entonces, recogiénola y remachándola, pronunció estas otras, verdaderamente interesantes:

«La lealtad, cuando se trata de Monarquía y cuando la frase se completa llamándola lealtad monárquica—no la lealtad de las relaciones particulares—, tiene un sentido histórico, y este sentido histórico es estar con la Monarquía sin condiciones, de todas maneras, bien ó mal, como la Monarquía se conduzca, de todas suertes apegado á ella. (*Rumores de aprobación.*) (1). Este es el sentido histórico de la frase; esto es lo que hasta aquí se ha llamado lealtad monárquica; por lo cual tampoco el Sr. Ministro de la Gobernación (Romero Robledo) ha dudado ni por un instante de la lealtad del partido constitucional.»

...El cual era el partido liberal de la Restauración.

Sin embargo, no creais que esto ha pasado por completo. Si no en fórmula tan extrema ni tan solemne, yo tengo aquí unas palabras del Sr. Maura en 1907, donde viene á decirse lo mismo: «Así como una mujer, para elevar sus plegarias á la Virgen, necesita de una imagen para formarse una idea de ella, así la idea de la Patria no está concebida sin el Rey.» (*Rumores.*)

Si se quiere un fórmula, tal vez ruda, pero la única que juzgamos digna y seria y patriótica, para expresar nuestra posición, diríamos que va-

(1) Así en el *Diario de Sesiones.*

mos á actuar en la política como monárquicos sin lealismo. La Monarquía es una institución y no puede pedirnos que adscribamos á ella el fondo inalienable, el eje moral de nuestra conciencia política. Sobre la Monarquía hay por lo menos dos cosas: la justicia y España. Necesario es nacionalizar la Monarquía.

La organización nacional.

Señores, la obra más característica que quisiéramos realizar, que por lo menos vamos á ensayar, consiste en poner junto á aquella afirmación genérica de liberalismo á que antes me refería (y que incluye en sí, naturalmente, todos los principios del socialismo y del sindicalismo en lo que éstos tienen de no negativos, sino de constructores), el principio de la organización de España. Nos es tan esencial y tan necesario como ese principio de ética y de derecho que se llama liberalismo, el afirmar y el imponer todas aquellas labores y todas aquellas exigencias que traiga consigo la organización mínima de las funciones nacionales, que está completamente por realizar. Es decir, que para nosotros es tan necesario como la justicia en los gobernantes, la competencia en ellos y en los administradores; y en esto estamos completamente por empezar. ¿A quién se va á encargar de la organización de los servicios? Todo lo que no sea esto, señores, es retórica, son palabras. Una nación no se hace sólo con un verso, con un razonamiento ó con un párrafo que le ocurre á un orador; es una labor de todos los días, de todos los

instantes; labor sobre la cual hay que extender como un calor, como un amor que haga fructificar á su tiempo la semilla y la acompañe en su expansión. Y esto ¿dónde está preparado? ¿Cómo es posible que en el estado actual de los partidos políticos se pueda encontrar amparo para esas delicadísimas, obscuras, nobles labores de competencia? Los Ministerios, como las Universidades, no crean competentes. Hay en ellas, naturalmente, algunos, muy pocos. Pero esos mismos que hay no pueden dar á la nación todo el rendimiento, todas las posibilidades que dentro llevan. Ya sé yo que hay hombres como Florez de Lemus en el Ministerio de Hacienda, como González Hontoria en el Ministerio de Estado, como Castillejo, Acuña en el Ministerio de Instrucción pública, y algunos más que no cito, que han hecho y hacen esa labor sin pensar en el elogio; esa labor en que no se da la cara á la multitud y por lo tanto no se corre el riesgo, siempre grato, de recibir el aplauso. A estos hombres y á otros que con ellos vengan, habrá de prestar su calor y su entusiasmo la Liga de Educación política.

Este principio de la competencia es, no se me oculta, de grande sutileza. Comprendo que para decidir quién es competente es menester emplear unos aparatos de una finura tal, sobre todo de una finura moral tan exquisita, que es muy difícil lograrlos hoy por hoy en España. ¿Qué inconveniente va á tener el señor conde de Romanones en buscarse unos competentes domésticos?

Las Universidades dan títulos. Si se escoge un hombre que posea un montón de títulos, que

transporte á lomo una carga de títulos, ya tenemos un competente. No, señor; es preciso que de una vez para siempre recusemos todas esas competencias, fundadas en organismos que no han podido darlas, porque no las tenían.

Nos encontramos como con unos restos carcomidos de esa época restauradora, que va en naufragio, con dos partidos políticos, el partido conservador y el partido liberal que, por lo visto, aspiran á que sea eterna esa época y á que no rinda ese pleito homenaje á la ley de la historia, que es el morir como los individuos las épocas alguna vez.

Pareció un momento, como si ese par de alas anquilosadas fueran á desaparecer; hubo un momento en que esas alas estaban rotas y ahora parece que se las quiere remendar.

La posición de la juventud que actualmente entra en la política, naturalmente tiene que ser la de aplicar en este caso concreto, frente á esos partidos—si se obstinan demasiado en perdurar—aquella decisión que yo antes proponía de muerte á la Restauración. Ellos son la restauración; por consiguiente, con esos partidos absolutamente nada. Son el enemigo máximo, el que ha dejado morir á España, son los representantes de la inercia, del convencionalismo. Cada día que perduren sobre el haz de la tierra se aleja un día más el resurgimiento de la vitalidad nacional.

Maura.

Hay un hombre en la política española que se diferencia de estos partidos, y frente al cual no hay otro remedio sino reconocer que lleva tras él una realidad. Es el Sr. Maura. Pero esta realidad que está tras él es, señores, la más terrible de España, es el peso inerte que lleva España desde hace siglos, es lo que ha ido quedando sobre el organismo de la raza de resultados de sus fracasos y de sus dolores, es toda esa parte inculta, apegada á las palabras más viejas, á las emociones más extremas; es todo ese trozo de la raza, que yo llamaría el trozo histórico de España. Pero es una realidad; eso está ahí y con el Sr. Maura, y es lástima que no podamos decir que estando detrás de él una realidad es él una realidad.

Yo, sinceramente, señores, pensando en las fórmulas que podrían darse de la política del Sr. Maura, me he encontrado siempre con que tendría que presentarle como una figura típica, de esa política restauradora.

El Sr. Maura (y dejemos las páginas oscuras de 1909) es el que ha afirmado siempre que España es una cuestión de orden público, que el gran problema de España es el Ministerio de la Gobernación, precisamente en lo que tiene de Ministerio de represión. Además, el Sr. Maura, cuando el Sr. Cambó, en las Cortes últimas, pedía que se rompiera para siempre el turno de los partidos, fué el defensor del turno de los partidos, síntoma típico de la Restauración; el Sr. Maura no ha defendido la competencia; el Sr. Maura cree en los jesuitas. Y hoy, aun en

un momento de renovación por los dolores, deja que, más ó menos en su nombre, se hable de «Dios, Patria y Rey», el lema de los carlistas. ¿Es que vamos á poder ir con la Divinidad como jefe de nuestros muñidores electorales?

La afirmación que hoy se hace de la política de 1909 consiste curiosamente en una operación de hacer entrar en lo que era muy poco muchas cosas que allí no estaban; la política de 1909 nos suena á los españoles normales, corrientes, vulgares, simplemente á un movimiento guerrero en Africa, á una revolución, ¿qué digo revolución? á un conato de motín en Barcelona y á una represión. No nos suena á más.

Para la cuestión marroquí pedimos un poco de seriedad.

Con esto llegamos á un problema del cual no puedo menos de decir algo, por la enorme significación que tiene dentro de la atención española, y que, sin embargo, no puedo tocar de una manera suficiente, por la absoluta escasez de tiempo: el problema de Marruecos.

Orientando como hemos orientado todos los temas de esta conferencia en la oposición de una época restauradora y una época que parece como que quiere venir, yo os diría que el problema de Marruecos se presenta, ante todo, como un síntoma ejemplar de cosas que ocurrieron en la Restauración: generales que van y vienen; victorias que lo son, pero que á algunos les parecen derrotas; una lluvia aurea de recompensas que el cordón de cierta Real orden

trae y lleva de lo más alto al último sargento.

El caso es que también la gente, como entonces, como en tiempos de Cuba, no sabe lo que pasa, no se forma esa noción modesta que hay que preparar, aun para las mínimas fortunas intelectuales del pueblo, de qué es lo que allí se hace.

Me es enojoso el empleo de palabras duras y excesivas; pero yo diría que es un poco escandalosa la ignorancia en que estamos de todo lo que se ha hecho, se puede hacer y conviene hacer en el problema de Marruecos. Por lo pronto, fuimos sin saber por qué fuimos. Esto puede tener dos sentidos: sin saberlo nosotros, los subditos españoles, ó sin saberlo lo que nos llevaron; y no es saber por qué fuimos que se nos cite un texto ó que se nos aluda á un posible texto de un tratado internacional. Pero, además—ante un público reflexivo—puedo advertir cómo esta frase de que fuimos sin saber por qué fuimos, tiene otro tercer sentido. Se pone el problema, y parece muy claro, en estos términos: ¿debimos ir, ó no ir á Marruecos, es decir, España á Marruecos? Todas las cavilaciones gravitan sobre el problema del deber ir ó no deber ir, y se olvidan de que antes de resolver esta cuestión parcial es menester que sepamos bien si sabemos qué es España y qué es Marruecos, señores, porque la ignorancia de la realidad nacional, de sus posibilidades actuales, de los medios para poder organizar una mayor potencia histórica, y, de otro lado, el grado de ignorancia de lo que constituye nuestro problema marroquí, más aún, de lo que es Marruecos, hasta como problema científico, hasta en su co-

nocimiento más abstracto, es verdaderamente increíble. Yo leí, y me produjo un gran pesar, en un *rapport* de un famoso geógrafo, publicado hace unos cuatro años, que sólo dos manchas hay desconocidas en el globo: una, Tebessi—un rinconcito del centro de Africa, y la otra—¿creéis que era allá por Groenlandia?; no—, la otra era eso que está á la vera de España desde que el mundo es mundo, el Riff. De suerte que después de conocido todo el mundo, después que las otras razas han cumplido con su misión, enviando á veces al otro extremo de la tierra sus exploradores, no hemos tenido la curiosidad de conquistar para Europa el conocimiento geográfico de esto que está junto á España, á dos dedos de España. De manera que, aparte de la ignorancia política y guerrera que podamos tener, es decir, la ignorancia de si nos conviene ó no la guerra, etc., tenemos esta ignorancia mucho más básica, la ignorancia de lo que es Marruecos.

¿Y vamos á colonizarlo? Yo no digo ni que sí ni que no. Lo único que advierto es que, antes de resolver nada, es preciso conocer seriamente la situación, es preciso que nos propongamos estudiarla de un modo profundo y serio. Es muy fácil, para halagar á la muchedumbre exaltada, decir que se reembarquen las tropas, que vengán las tropas. Esta es una idea que anda por el aire, y hay una porción de políticos que van á la carrera á ver si la atrapan y la pueden poner en su solapa para hacer de ella su programa político. Claro es; cualquiera puede recogerla; ¡es tan simple, supone tan pocos quebraderos de cabeza, está ahí!

¿Véis en qué dirección va mi odio á eso que llaman problemas políticos? Yo sostengo que en el mejor caso se trata de inicuas explotaciones en beneficio particular de pasiones inconscientes de las pobres ciegas muchedumbres hermanas.

Yo siento profunda aversión hacia toda guerra, simplemente por lo que tiene de guerra. Pero no voy á repetir en este asunto la postura ineficaz, *soi-disant* teórica, que censuraba en los republicanos cuanto á la forma de Gobierno. *Aspiraciones escatológicas, proyectos para un futuro ideal humano son las normas que han de orientar nuestras afirmaciones de política; pero no pueden nunca confundirse con éstas. Un ideal ético no es un ideal político.* Mientras esto no se vea claro y no se reconozca su evidencia, la política será una hipocresía vergonzosa y un perpetuo engaño del prójimo y de nosotros mismos. Hay que deslindar ambos campos.

Que no haya guerras de ninguna clase es un tema santo de propaganda social, de humana religión, de cultura, pero no una posición política con sentido. En política sólo cabe oponerse á esta guerra, á aquella guerra, y, consecuentemente, oponerse por las razones concretas que en cada caso se den, no por la razón abstracta que existe, y que yo íntegramente reconozco y defiendo, contra toda guerra. Creo que es innecesario repetir por milésima vez, en esta coyuntura, las palabras célebres de Bebel en el Congreso Socialista de Essen.

Conclúyase, pues, la guerra ésta; pero díganos por qué. Tal vez, declarar los motivos que llevamos dentro contra esta guerra sea más útil

para España que la conquista de medio continente. Pero no se concluya la guerra por la misma razón que se comenzó: porque sí. Ya que no sabíamos por qué fuimos, sepamos por qué volvemos.

Acaso muchas de las razones corrientes contra esta guerra no sean tales razones contra esta guerra, sino manifestaciones de un cierto estado de espíritu, innegablemente muy generalizado, en relación con nuestro ejército. No tenemos fe en la buena organización de nuestro ejército; y de que no salgamos de estas dudas tienen, á no dudarlo, parte de la culpa los que por un torpe, insincero radicalismo, han impedido que los españoles civiles entren en mayor intimidad con los españoles militares, produciéndose una mutua y penosísima suspicacia.

No son ellos, sin embargo, los únicos culpables.

En todos los demás organismos nacionales ha habido individuos de los que rinden en ellos funciones de servicio, y entiérranse en ellos sus esfuerzos, pertenecientes en su mayoría á las nuevas generaciones, que han tenido el valor, que han cumplido el deber, de declarar los defectos fundamentales de esos organismos. En cambio, hasta hoy no conocemos críticas amplias y severas de la organización del ejército, y esto es un deber que se haga, este es un asunto en que nosotros debemos estar decididos á conseguir esclarecimiento.

Tanto como me sería repugnante cualquiera adulación al ejército, me parecería sin sentido no entrar con los militares en el mismo pie de fraternidad que con los demás españoles.

Por eso no creo herir ningún mandamiento ni ninguna prescripción, si solicito á los militares jóvenes, á los que son en el ejército también una nueva generación, para un cierto género de colaboración ideal y teórica, para una comú comunión personal con los demás españoles de su tiempo que se preocupan de los grandes problemas de la Patria. (*Aplausos.*)

De todas suertes, hay que recordar frente á los simplismos de los gritadores, que el problema de la guerra supone la solución previa al problema de Marruecos. Y esta es la hora, señores, ¡vergüenza da decirlo!, en que no se ha oído ninguna voz clara, articulada, que muestre reflexión, conocimiento ni astucia sobre este asunto. ¡Ved cómo el programa, este programa, digno de una nueva política, no puede inventarse en la soledad de un gabinete! Sin una múltiple colaboración, sin medios abundantes, ¿quién puede pretender ideas claras sobre esto que España en cinco siglos no ha conseguido fabricar?

En fin, señores, habíamos de decidir el punto de la guerra y el abandono absoluto de Marruecos, incluso de esos viejos peñones calvos donde está agarrada secularmente España, como un águila herida, y todavía continuábamos forzados á tener pensada una política africana. Pero de esto no podemos hoy hablar con oportunidad.

Estos días toma un cariz nuevo este problema de Marruecos, un cariz de política interior, un cariz nuevo del que va á ser difícil tratar con discrección. Alguien, presentándose noblemente como guerrilla avanzada de quien no aparece todavía, ha disparado un venablo... no sé cómo

decir esto, ha disparado un venablo en dirección cenital. Y ha habido en muchos periódicos esta exclamación: eso es quebrantar secretos. Señores, vayamos claros: nos pasamos la vida diciéndonos que no sabemos nada de Marruecos, y cuando se nos presenta alguien que nos declara un secreto, ¿vamos á negarle la audición? No; eso tenemos que recibirlo con simpatía, con honda simpatía. Ahora, una cosa es eso y otra cosa es que nos parezcan tan simpáticos los que pueden ser móviles de esa declaración de secretos. Porque son cosas que pasaron en 1909 y ha corrido el tiempo hasta 1914. ¿Qué ha pasado entre medias de nuevo que justifique la nueva actitud de un hombre? Nada nacional: sólo un asunto particular. Y además, de esos secretos ahora presentados, resulta que hubo un momento en que los gobernantes de 1909 estaban plenamente convencidos de que no se debía realizar una cierta campaña en una cierta manera, y eso trajo consigo el que una porción de españoles pensaran próximamente lo mismo que el Gobierno, y eso produjo un movimiento de inquietud en Barcelona, que tuvo como consecuencia una represión por el mismo Gobierno que pensaba lo mismo que aquellos que protestaban. (*Aplausos.*)

Conclusión.

Liberalismo y nacionalización propondría yo como lemas á nuestro movimiento. ¡Pero cuánto no habrá que hablar, que escribir, que disputar, hasta que estas palabras den á luz todo el inmenso significado de que están encintas!

Nacionalización del ejercito, nacionalización de la Monarquía, nacionalización del clero (no puedo en esto detenerme), nacionalización del obrero; yo diría que hasta nacionalización de esas damas que de cuando en cuando ponen sus firmas detrás de unas peticiones, cuya importancia y trascendencia ignoran, peticiones que, á veces, van á herir la posibilidad de que se realice una función vital, imprescindible en España.

Yo pido la colaboración principalmente á las gentes jóvenes de mi país para esta labor tranquila, continua, á sus horas enérgica; violenta, cuando fuere menester; dedicada al estudio de los problemas nacionales, á la articulación detallada de una porción de masa nacional á la cual no ha llegado todavía la acción de los partidos políticos—de las villas y lugares, sobre todo, de los labriegos. España, que sólo tiene unas cuantas capitales, capitales que por cierto no son suficientes para responder á lo que significa el concepto de capitalidad en el mundo europeo moderno, tiene todo el resto expandido por sus campos y nadie se acuerda de él, y eso es menester llegar á dotarlo de una gran vigorosidad política, para que pueda ser una esperanza y una amenaza, las dos cosas tienen que ir unidas, para los que se preocupan ante todo de la vitalidad nacional. Para todo esto que más en alusión que en exposición os he dicho, yo solicito la colaboración de los hombres de buena voluntad.

No se entienda, por lo frecuente que ha sido en este mi discurso el uso de la palabra nacional, nada que tenga que ver con el nacionalismo. Nacionalismo supone el deseo de que una

nación impere sobre las otras, lo cual supone por lo menos que aquella nación vive. ¡Si nosotros no vivimos! Nuestra pretensión es muy distinta: nosotros, como se dice en el prospecto de nuestra Sociedad, nos avergonzaríamos tanto de querer una España imperante, como de no querer una España en buena salud, nada más que una España vertebrada y en pie. (*Grandes aplausos.*)

PROSPECTO

DE LA

LIGA DE EDUCACIÓN POLÍTICA ESPAÑOLA

Reunidos en una agrupación de enérgica solidaridad que lleva este nombre, pensamos unos cuantos españoles emprender una serie de trabajos destinados á investigar la realidad de la vida patria, á proponer soluciones eficaces y minuciosamente tratadas para los problemas añejos de nuestra historia, á defender, por medio de una crítica atenta y sin compromisos, cuanto va surgiendo en nuestro país con caracteres de aspirante vitalidad, contra las asechanzas que mueven en derredor todas las cosas muertas ó moribundas.

La magnitud y la gravedad de la empresa podrían verter sobre nosotros un color de peligrosa inmodestia, si se tratara de un empeño que libremente habíamos escogido y no de una tarea inalienable, que errores viejos y presentes tibiezas dejan caer de golpe sobre los hombros de una generación. No es, pues, materia sobre la que quepa deliberación, ni hay lugar para dete-

nerse á medir la firmeza de los hombros, cuando ya tienen la carga encima. El hecho más evidente y grave de nuestra vida nacional, en los meses que corren, es la manifiesta incapacidad de los viejos partidos, de las instituciones antiguas, de las ideas tópicas para prolongar su propia existencia aparente, aunque nadie ni nada viniera á combatirlos. Sólo conservan la aptitud de los escombros para ahogar bajo su gravamen las nuevas germinaciones. Sería, en consecuencia, una injusticia menospreciable calificar de ambicioso el acto por el cual intentamos situar el hombro bajo las vigas que vienen á tierra.

Pero aun esta disculpa preventiva creemos innecesaria. La intervención vigorosa y consciente en la política nacional es un deber de todos, no un derecho que quede adscrito á los ciudadanos que no sirven para otra cosa, que no colaboran en otras formas al aumento moral y material de España, á los llamados «políticos». Una clara voluntad de no dejar incumplida aquella obligación nos lleva á este ensayo de organizar un instrumento político que, apartándose de la forma en que suelen estar constituídos los partidos, coincida con nuestro carácter.

*Misión política de las
minorías intelectuales.*

Partimos en nuestro propósito de una consideración principal: la de que no sólo España, sino Europa entera ha ingresado en una crisis de la ideología política, que únicamente halla su semejanza en la primera mitad del siglo XIX. Bien

está que los partidos, á quienes sorprende ya en movimiento, procuren aferrarse á las ideas caducas que los engendraron ó acudan á hilvanes y equívocos para mantenerse sobre el haz de la actualidad. Pero los que se preocupen más de promover el futuro que de retener el presente, han de mirar cara á cara la plenitud de esta crisis, á fin de no embarcarse, como en naves mal-trechas, dentro de ideales desvencijados.

El nombre y menester de una gran parte de nuestros agrupados podía atraernos el apelativo pernicioso de «intelectuales», si no acentuamos desde luego el convencimiento de que la política no es faena que se satisfaga con sólo el intelecto, ni sólo mediante la acción individual. Creemos, por el contrario, que el área política comienza propiamente donde el puro entendimiento y el individuo aislado concluyen y aparecen las masas sociales batiéndose en una dinámica apasionada. El término de nuestros propósitos no puede ser otro, por consiguiente, que llegar hasta esas masas. Pero esto es sólo el término y como postrero horizonte de nuestras aspiraciones. Con urgencia hemos de dedicarnos á una labor previa y de más moderada ambición.

Salvo casos insólitos en tiempo y espacio, las masas nacionales no se hallan políticamente movilizadas. Dicen que esto obedece á una peculiar inercia del *pueblo* español. Nosotros, sin negar esta razón, declaramos no entenderla. No entendemos que pueda hablarse de masas inertes, donde falta el intento repetido de minorías directoras para sacarlas de su indolencia. Son insuficientes á todas luces las gesticulaciones, dichas

«programa», que hace este ó el otro hombre público sobre el fondo de hacinadas desesperanzas. Por otra parte, no es bastante, ni saludable, que de lustro en lustro invada súbitamente la conciencia pública algún tema de positivo vigor para producir en las muchedumbres no más que una convulsión fugitiva. Es forzoso aspirar á introducir la actuación política en los hábitos de las masas españolas. ¿Cómo sería posible lograr esto sin la existencia de una minoría entusiasta que opere sobre ellas con tenacidad, con energía, con eficacia?

Para nosotros, por tanto, es lo primero fomentar la organización de una minoría encargada de la educación política de las masas. No cabe empujar á España hacia ninguna mejora apreciable mientras el obrero en la urbe, el labriego en el campo, la clase media en la villa y en las capitales no hayan aprendido á imponer la voluntad áspera de sus propios deseos, por una parte, á desear un porvenir claro, concreto y serio, por otra. La verdadera educación nacional es esta educación política que á la vez cultiva los arranques y los pensamientos.

Crisis de las ideas políticas

Mas ¿dónde está un conjunto de ideas políticas, dotadas de evidencia y fecundidad bastantes para que sirvan de fe motriz á esa minoría, de cuya existencia depende la perduración nacional? No lo hay en parte alguna: á esta ausencia nos referimos antes, y del hecho de ella partíamos para razonar la necesidad de un nuevo ins-

trumento político encargado, por lo pronto, de remediarla.

Estamos ciertos de que un gran número de españoles concuerdan con nosotros en hallar ligada la suerte de España al avance del liberalismo. Sobre este punto no nos sorprendemos en la menor vacilación. Pero á la vez estimamos que con declararnos liberales no hemos abreviado en lo más mínimo nuestra tarea. Por liberalismo no podemos entender otra cosa sino aquella emoción radical, vivaz siempre en la Historia, que tiende á excluir del Estado toda influencia que no sea meramente humana, y espera siempre, y en todo orden, de nuevas formas sociales, mayor bien que de las pretéritas y heredadas.

Mas esta perenne emoción necesita en cada jornada de su histórico progreso, un cuerpo de ideas claras é intensas donde encenderse. Cuando se desplazan los problemas materiales y jurídicos de la sociedad, cuando varía la sensibilidad colectiva, quedan obligados los verdaderos liberales á trasmudar sus tiendas, poniendo en ejercicio un fecundo nomadismo doctrinal. Por esta razón es hoy ineludible para el liberalismo hacer almoneda de aquellas ideologías que le han impulsado durante todo un siglo. Otra cosa sería buscar el propio engaño y condenarse á la esterilidad. Los dos términos, que constituyen los polos de la acción política, se han modificado: los problemas y el ánimo público. Vano será que aspire á triunfar un movimiento desde cuyos principios no se pueda atacar de faz aquéllos ni satisfacer íntimamente á éste. Ninguna de ambas cosas puede hoy intentar la forma individualista del liberalismo. El problema religioso y el

de la escuela, el social y el administrativo, según hoy se presentan, rebosan por todos lados los entecos principios individualistas.

Tampoco el credo socialista es suficiente. Dejando á un lado sus utópicos ademanes y la rigidez de sus dogmas, que la corriente revisionista del partido obrero en otros países condena, no dudaríamos en aceptar todas sus afirmaciones prácticas. En este terreno creemos que nuestra Asociación marchará junto al socialismo sin graves discrepancias. Pero no podemos coadyuvar á sus negociaciones. Para nosotros, existe el problema nacional; más aún: no acertamos á separar la cuestión obrera de la nacional.

La organización nacional.

Junto con aquel impulso genérico del liberalismo, es el ansia por la organización de España lo que lleva nuestros esfuerzos á agruparse. No se debe olvidar que formamos parte de una generación iniciada en la vida á la hora del desastre postrero, cuando los últimos valores morales se quebraron en el aire, hiriéndonos con su caída. Nuestra mocedad se ha deslizado en un ambiente ruinoso y sórdido. No hemos tenido maestros ni se nos ha enseñado la disciplina de la esperanza. Hemos visto en torno, año tras año, la miseria cruel del campesino, la tribulación del urbano, el fracaso sucesivo de todas las instituciones, sin que llegara hasta nosotros rumor alguno de reviviscencia. Sólo viniendo á tiempos más próximos parecen notarse ciertos impulsos de resurgimiento en algunos parajes de la raza,

en algunos grupos, en algunos medrosos ensayos. Sin embargo, los Poderes públicos permanecen tan ajenos á aquel dolor y mengua como á estos comienzos de vida. Diríase que la España oficial, en todas sus manifestaciones, es un personaje aparecido, de otra edad y condición, que no entiende el vocabulario ni los gestos del presente. Cuanto hace ó dice tiene el dejo de lo inactual y la ineficacia de los exangües fantasmás.

No creemos que sea una vanidad la resolución de dedicar buena porción de nuestras energías—cuyos estrechos límites nos son harto conocidos—á impedir que los españoles futuros se encuentren, como nosotros, con una nación volatilizada. Por otra parte, no nos sentimos de temperamento fatalista; al contrario: pensamos que los pueblos renacen y se constituyen cuando tienen de ello la indómita voluntad. Todavía más; cuando una parte de ese pueblo se niega reciamente á fenecer. El brillo histórico, la supremacía, acaso dependan de factores extraños al querer. Pero ahora no se trata de semejantes ornamentos. Nuestra preocupación nacional es incompatible con cualquier nacionalismo. Nos avergonzaría desear una España imperante, tanto como no querer imperiosamente una España en buena salud, nada más que una España vertebrada y en pie.

Para este acto de incorporarse, necesita la España vivaz una ideología política muy clara y plenamente actual. Tenemos que adquirir un pensamiento firme de lo que es el Estado, de qué puede pedírsele y qué no debe esperarse de él. Pero no basta con un principio político eviden-

te. La organización nacional es una labor concretísima; no consiste en un problema genérico, sino en cien cuestiones de detalle: en esta institución y aquella comarca, este pueblo y aquella persona, esta ley y aquel artículo. La organización nacional nos parece justo lo contrario de la retórica. No puede fundarse más que en la competencia.

Actuación social de la "Liga,,

Por esto la obra característica de nuestra Asociación ha de ser el estudio al detalle de la vida española y la articulación, al pormenor, de la sociedad patria con la propaganda, con la crítica, con la defensa, con la protesta y con el fomento inmediato de órganos educativos, económicos, técnicos, etc.

Para ello procuraremos reunir todos aquellos grupos de compatriotas que viven en las provincias alimentando deseos y propósitos análogos á los nuestros, pero que, esparcidos y sin cohesión, no podrán, como no podríamos nosotros, dar cima á empeño alguno positivo. Y nos conviene hacer constar, por cierto, que no consideramos á Madrid sino á la manera de una provincia central, cuya más levantada misión en la hora presente acaso sea hostigar hacia una vida propia á las provincias valetudinarias y recoger, de las que han despertado, enseñanzas, sugerencias y emulaciones. Viviendo todos en continuo trato iremos reuniendo noticias intuitivas de la existencia nacional, asistiremos á las amarguras de la vida aldeana, recorreremos los campos, intentaremos la elaboración de estadísticas y encues-

tas fidedignas por medio de consultas circulares á nuestros asociados y personas que nos merezcan crédito. Encargaremos á conocedores, especiales proyectos de solución á las cuestiones técnicas, administrativas, agrícolas, pedagógicas, etcétera. De este modo aspiramos á poseer como un almacén de hechos españoles que sirva de cimiento para mejoras reales y de arsenal para la crítica y la propaganda. Por el periódico, el folleto, el mitin, la conferencia y la privada plática haremos penetrar en las masas nuestras convicciones é intentaremos que se disparen corrientes de voluntad.

Nuestra actuación política.

Huelga advertir á quien sea maligno que no pretendemos hacer todo esto, sino que vamos meramente á ensayarlo de todas veras.

Tal es el perfil de nuestros propósitos.

¿Cuál puede ser la manera de irlo llenando con realizaciones? Pensemos que la ideología política sólo puede crecer robusta en la actuación inmediata. Ciertas convicciones, unas de tema general, otras sumamente concretas, hallamos ya formadas en nosotros. Según hemos dicho, no las consideramos bastantes para satisfacernos; pero son sobradas y de evidencia asaz victoriosa para que creamos obligatorio esforzarnos en su próximo triunfo. En consecuencia, comenzaremos desde luego á intervenir en la batalla política.

La escasez de nuestras presentes fuerzas remueve hasta una discreta lontananza la posibilidad de que aparezcamos como lo que es uso llamar un partido. Somos un grupo nacional y

todavía extraparlamentario, formado por gentes de oficio conocido y libres de apresuramientos personales — siempre que esta declaración no signifique que vamos á cultivar una aérea teología y renunciar á la conquista de los órganos políticos y de gobierno. Los fines de nuestra Asociación, más nuevos en su espíritu que en su letra, necesitan abrirse vías nuevas y distintas de las acostumbradas por nuestra vieja política. Pero, al lado de esta actuación lenta y peculiar, hemos de buscar, en todo momento, las brechas que nos ofrezca la política vigente para insertar nuestro influjo, sea éste mínimo. Nos aproximaremos, pues, como contingente auxiliar á aquellos partidos de gobierno que circunstancialmente coincidan con nuestras opiniones ó que menos las contradigan. Dispuestos á no divinizar vocablos, vemos en la eficacia la norma de la acción pública.

Por mala ventura, la situación en que hoy yacen los partidos españoles dificulta sobremanera nuestros primeros movimientos. No podemos acercarnos al cuerpo liberal; exento de ideas y aun del respeto á ellas, presenciarnos estos días su caída, que es la de un cuerpo muerto. Ningún síntoma de los que hallamos en él lo califica de aficionado á las cosas que aspiran á vivir sanamente. Esto es para nosotros esencial. El partido que ahora gobierna patrocina la incompetencia, fabrica inercias y discute jefaturas. Como españoles, sólo podemos desearle una muerte feliz.

El republicanismo tradicional plantea ante nosotros una cuestión previa—la de la forma de gobierno—que resolvemos en sentido opuesto á su venerable dogma. Ninguna institución histórica

es para nosotros rigurosamente consubstancial con el liberalismo. Decide de su valor su eficiencia. Y aquella forma de gobierno sería á nuestro juicio óptima, que hiciera posibles estas dos cosas: democracia y España. Por entenderlo de otro modo han vivido los republicanos en un Aventino sempiterno, haciendo de una posada su casa solariega y negándose á colaborar positivamente en lo que es para nosotros substancial: la organización española.

Menos que ningún otro de los grandes partidos puede el conservador atraernos. Aunque olvidáramos algo su última etapa gubernativa, representa la exacta contradicción de nuestra sensibilidad. Prefiere el pasado al futuro. Se apoya en las fuerzas menos ágiles de la nación y más culpables del fracaso. Enaltece la ficción legal. No quiere ensayar, sino hacer palingenesis. Prolonga el culto insincero de los valores más falsos y arcaicos. Fía todo del principio de autoridad en un pueblo que tiene derecho exuberante á quejarse. Procede con un temple de odiosidad, cuando ha de ser España obra de amor, de aquel amor que no rehuye la lucha, antes en ella da su manifestación. Y sobre esto, en fin, muestra una excesiva tendencia al aspaviento.

La colaboración de la juventud.

Estas palabras de sollicitación dirigimos hoy á los españoles que por dedicarse al trabajo científico y literario, á la industria, á la técnica administrativa y comercial, están más obligados á tener una idea serena y grave de los problemas

nacionales. No quieren ser un manifiesto destinado al gran público y huyen de formular un programa circunstanciado.

A los jóvenes, sobre todo, quisiéramos incitar. Las nuevas generaciones han aprendido en la justa desconfianza, en el hábito insustituible de la crítica más acerba, pretextos para la inacción. Han abandonado la política. ¿Es esto beneficioso? Creemos que no, ni para la nación ni para ellos, que no conseguirán dar á su vida individual la máxima intensidad. Nos plazca ó nos disguste, no existe en nuestro país otro órgano de socialización fuera de la política. En Francia tienen los valores literarios una eficacia social tan grande como los políticos. Cosa análoga ocurre en Alemania con la ciencia y la industria, en Inglaterra con el comercio y la técnica. En España, por el contrario, son los políticos los únicos valores dotados de plena energía social.

NOTE.

Además, el resultado de la crisis ideológica que atravesamos se anuncia claramente como un anhelo de vida enérgica y entusiasta. Harto de sí propio se aleja el escepticismo. Renace violenta la fe en el poder que el hombre tiene sobre sus personales destinos. La nueva manera de pensar conduce á un afán de dinamismo y á la exigencia de intervenir con nuestra voluntad en el contorno.

La Liga de Educación política española se compone actualmente de los señores:

Azaña, Manuel.
Alvarez Pastor, Joaquín.
A. Santullano, Luis.
Azcárate, Pablo.
Abril, Manuel.
Alvarez, Valentín.
Alarcón, Daniel.
Alcayde y Vilar, Francisco.
A. de Lorenzana, Ramiro.
Andrés Monedero, Ricardo de.
Ballesteros, Salvador.
Baeza, Ricardo.
Bernis, Francisco.
Begoña, Ricardo.
Basterra, Ramón de.
Bernaldo de Quirós, Constancio.
Castro, Américo.
Chacón, José.
Covián, Juan.
Calvo, Alvaro.
Cabañas, Francisco.
Cases Casañ, Antonio.
Campo Cerdán, Ángel del.
Cordón Barrera, José.
Carreño España, José.
Carazo Landa, Felipe.
Díez-Canedo, Enrique.
España y Heredia, Eduardo.
Esteban Muñoz, Juan.
Elorrieta, Octavio.
Fernández Zabala, José.
Fernández Ardavín, Luis.

Flórez, Rafael.
Gancedo, Gabriel.
García Morente, Manuel.
Gutiérrez, Luis.
Gutiérrez, Ricardo.
González Magro, Pedro.
García Bellido, Joaquín.
González Tomás, Julio.
Guixé, Juan.
García del Diestro, José.
García Martí, Victoriano.
García y García, Diego.
García Bilbao, Luis.
Gómez, Enrique.
González Blanco, Andrés.
Galarza y Gago, Angel.
Hernández González, Cesáreo.
Hoyos, Luis de.
Herrero Bahillo, Fermín.
Hernández Sampelayo, Jesús.
Laza, Enrique.
Luzuriaga, Lorenzo.
Lafora y García, Juan.
Llorca, Angel.
Molina Ravello, Enrique.
Márquez, Manuel.
Membrillera, Ciriaco.
Membrillera, Inocente.
Mira, Francisco.
Madariaga, Salvador.
Menéndez Valdés, Julio.
Maeztu, Ramiro de.
Machado, Antonio.
Mesa, Enrique de.
Moreno Villa, José.

Neira Fernández, Ricardo.
Navarro Florez, Martín.
Navarro Tomás, Tomás.
Núñez Moreno, Francisco.
Onís, Federico de.
Onieva, Antonio.
Ortega y Gasset, José.
Orueta y Duarte, Ricardo de.
Pérez de Ayala, Ramón.
Palomares de Duero, Marqués de.
Palacios, Leopoldo.
Pittaluga, Gustavo.
Puig Campillo, Antonio.
Rodríguez de Mata, Tomás.
Rivas Scheril, Cipriano.
Rojo Arias, Ignacio.
Rego, Angel do.
Ruiz Gutiérrez, Francisco.
Ríos Urruti, Fernando de los.
Roldán Casilari, Andrés.
Serrano Salvador, Fernando.
Sevillano, Virgilio.
Subirana, Luis.
Sánchez Rivero, Angel.
Salinas, Pedro.
Said Armesto, Víctor.
Seco de Lucena, Daniel.
Sanz, Rodrigo.
Tomás Cuesta, Angel.
Tenreiro, Ramón.
Viñuales, Agustín.
Vegue y Galdoni, Angel.

La Liga de Educación política española: se reúne periódicamente en horas y días que indi-

can las oportunas convocatorias, reparte entre sus miembros un boletín, titulado *Política* que trata de avivar las comunicaciones espirituales entre ellos y establecer las bases para el estudio de los problemas nacionales.

Solicita de sus adheridos una cuota mínima de tres pesetas mensuales.

Para toda clase de comunicados ó adhesiones, dirigirse á D. Manuel G. Morente, calle de Torrijos, 3. Madrid.
